

Año de la fe

7

Al tercer día resucitó...

78. Cristo ha resucitado.
79. Las apariciones del Resucitado.
80. El estado de la humanidad resucitada en Cristo
81. La resurrección, obra de la Santísima Trinidad.
82. Sentido y alcance salvífico de la resurrección.
83. Jesucristo subió a los cielos.
84. Está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso.
85. El reinado de Cristo.
86. La venida gloriosa de Cristo, esperanza de Israel.
87. Para juzgar a vivos y muertos.

Cristo ha resucitado

«Nosotros os anunciamos la Buena Nueva que la promesa hecha a nuestros padres, Dios la ha cumplido para nuestros hijos, resucitando a Jesús» (Hch 13,32-33). **La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo**, creída y vivida como verdad central por la primera comunidad cristiana, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida por los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del misterio pascual al mismo tiempo que la cruz: Cristo resucitó de entre los muertos. Con su muerte, ha vencido la muerte. Y ha dado la vida a los muertos.

- El misterio de la Resurrección de Cristo es **un acontecimiento real** que tuvo manifestaciones históricas constatadas, como lo atestigua el Nuevo Testamento. Ya San Pablo podía escribir a los Corintios hacia el año 56: *“Os transmití, ante todo, la misma tradición que yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce”* (1Co 15, 3-5). El Apóstol habla aquí de la tradición viva de la Resurrección que él había recibido tras su conversión a las puertas de Damasco.
- **La tumba vacía.** *“¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado”* (Lc 24,5-6). En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento que encontramos es el sepulcro vacío. No es en sí una prueba directa. No obstante, el sepulcro vacío fue para todos un signo esencial. Su descubrimiento por los discípulos fue el primer paso hacia el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Este es el caso de las santas mujeres después de Pedro. *«El discípulo que Jesús amaba»* (Jn 20, 2) afirma que, cuando entró en el sepulcro vacío y descubrió *«vendas para amortajar»* (Jn 20,6), *«vio y creyó»* (Jn 20, 8). Esto supone que comprobó en el estado del sepulcro vacío que la ausencia del cuerpo de Jesús no se debía a ninguna acción humana y que Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal, como había sido el caso de Lázaro.

La fe es para vivirla

- Cristo ha resucitado. Más aún: él es la resurrección. Jesús dice a Marta: *“Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees eso? Ella le respondió: Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.”*

Las apariciones del Resucitado

- María Magdalena y las santas mujeres, que iban a terminar de embalsamar el cuerpo de Jesús, enterrado a toda prisa debido a la inminencia del Sábado de tarde del Viernes Santo, fueron las primeras en encontrar al Resucitado. Así **las mujeres fueron las primeras mensajeras de la Resurrección de Cristo**, hasta para los apóstoles (Lc 24,9-10). A estos se les apareció en seguida, primero a Pedro y luego a los Doce. Pedro, llamado a confirmar la fe de sus hermanos, vio el Resucitado antes que ellos, y por su testimonio la comunidad exclamó: *"Realmente el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón"*.
- Todo lo que pasó durante estos días de Pascua compromete cada uno de los apóstoles -y a Pedro muy particularmente- en la construcción de la era nueva que se inició en la mañana de Pascua. Como **testigos del Resucitado**, son las **pedras de fundación de su Iglesia**. La fe de la primera comunidad se basa en el testimonio de hombres concretos. Estos testimonios de la Resurrección de Cristo, son Pedro y los Doce, pero no ellos solos. Pablo habla claramente de más de quinientas personas a las que Jesús se apareció en una determinada ocasión.
- Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico y no reconocerla como **un hecho histórico**. La sacudida provocada por la pasión fue tan grande, que los discípulos (algunos de ellos, al menos) se resistían a admitir la noticia de la Resurrección. Lejos de mostrarnos una comunidad presa de exaltación mística, los Evangelios nos presentan los discípulos abatidos, tristes (Lc 24,17) y asustados. **Por eso no creían las santas mujeres** cuando regresaban del sepulcro y sus palabras *"les parecieron un delirio"* (Lc 24,11). Cuando Jesús se manifestó a los Once la tarde de Pascua, *«les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado de entre los muertos»*..
- A pesar de encontrarse ante la realidad de Jesús resucitado, **los discípulos todavía dudaban, tan imposible les parecía**. Creían ver un espíritu. *«De tanta alegría no se lo acababan de creer y estaban todos maravillados»* (Lc 24,41). **Tomás** pasará por esta misma prueba de la duda. Por eso la hipótesis según la cual la Resurrección habría sido un "producto" de la fe (o de la credulidad) de los apóstoles, no tiene ninguna consistencia. Por el contrario, su fe en la Resurrección nació -bajo la acción de la gracia divina- de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado.

La fe es para ser vivida

Por el Bautismo hemos resucitado con Cristo. Hay que emprender una vida nueva. Para el bautizado, el pecado es algo anticuado, pasado de moda, es cosa del "hombre viejo". La vida nueva se caracteriza por un estilo nuevo: un **no** al pecado, un **sí** a Dios y a los hermanos. Son las promesas del bautismo. Hay que vivirlas.

El estado de la humanidad resucitada de Cristo

- Jesús resucitado establece con sus discípulos unas relaciones directas a través del contacto y comiendo con ellos. Así **les invita a reconocer que no es un espíritu**, pero sobre todo a constatar que **el cuerpo resucitado con el que se les presenta es el mismo que ha sido martirizado y crucificado, ya que lleva todavía las señales de la pasión**. Este cuerpo auténtico y real tiene, eso sí, **las propiedades nuevas de un cuerpo glorioso: no se ve limitado por el espacio y el tiempo**, sino que se puede hacer presente a su albedrío donde y cuando quiere. Su humanidad no puede ser retenida en la tierra y sólo pertenece al dominio divino del Padre. Por esta razón también Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer como quiere: bajo la apariencia de un hortelano o con otras figuras diversas (Mc 16,12) de las que estaban acostumbrados a verle los discípulos.
- La Resurrección de Cristo **no fue un retorno a la vida terrena**, como en las resurrecciones que él había obrado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naím, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas beneficiadas reencontraban, gracias al poder de Jesús una vida terrena "ordinaria". Más adelante volverán a morir. La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, **pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio**. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús está lleno del poder del Espíritu Santo. Participa de la vida divina en el estado de su gloria. Así San Pablo puede decir de Cristo que es «el hombre celestial».
- La Resurrección **como acontecimiento trascendental**. «*Oh noche dichosa!* - Canta el «Exsultet» de Pascua- *Sólo tú supiste la hora en que Cristo resucitó de entre los muertos*». Así es. **Nadie fue testigo ocular del acontecimiento de la Resurrección** y ningún evangelista lo describe. Nadie puede decir cómo se produjo físicamente. Menos aún: tampoco su esencia más íntima, el paso a otra vida, fue perceptible a los sentidos. **Acontecimiento histórico constatable** por el signo del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado, no por ello la Resurrección, en tanto que trasciende y sobrepasa la historia, deja de ser **el corazón del misterio de la fe**. Por eso el Cristo resucitado no se manifiesta al mundo, sino sólo a sus discípulos, «*los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén, quienes son ahora sus testigos ante el pueblo*» (Hch 13,31).

La fe es para ser vivida

El **SÍ** a Dios -que es el estilo de vida del bautizado (resucitado)- se concreta

- en un sí cordial a la Iglesia, Maestra y Madre, por voluntad de Cristo,
- en un sí, afectuoso y constante, a los que viven a nuestro alrededor,
- en un sí al deber de cada día: estudio, trabajo,
- en un sí a la sociedad que espera -y tiene derecho -nuestra colaboración,
- en un sí a toda persona, sea quien sea, necesitada de afecto, comprensión y ayuda.

La resurrección, obra de la Santísima Trinidad

La Resurrección de Cristo es objeto de fe en cuanto es una intervención trascendente de Dios mismo en la creación y en la historia. En ella, las tres Personas divinas actúan a la vez conjuntamente y manifiestan su propia originalidad.

- Fue **el poder del Padre**, que «resucitó» a Cristo, su Hijo, y así introdujo de manera perfecta su humanidad -con su cuerpo- en la Trinidad. Jesús es definitivamente revelado «Hijo de Dios con poder según el Espíritu, por su Resurrección de entre los muertos». San Pablo insiste en la **manifestación del poder de Dios por obra del Espíritu** que vivificó la humanidad muerta de Jesús y la llamó al estado glorioso de Señor.
- **El Hijo realiza su propia Resurrección** en virtud de su poder divino. Jesús anuncia que el Hijo del hombre tendrá que sufrir mucho, habrá de morir, y luego resucitará (en el sentido activo de la palabra). Por otra parte, afirma explícitamente: *"Yo doy mi vida, para recobrarla después. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo (...) Tengo poder de darla y tengo poder de recobrarla"*.
- Los Padres contemplan la Resurrección a partir de la persona divina de Cristo que quedó unida a su alma y a su cuerpo, separados entre sí por la muerte. «Por la unidad de la naturaleza divina que continúa presente en cada una de las dos partes del hombre, estas se unen de nuevo. Así la muerte se produjo por la separación del compuesto humano, y la Resurrección por la unión de las dos partes separadas».

La fe es para vivirla

En el bautismo recibimos una vida nueva (resucitados). Toda vida requiere un desarrollo. Es imprescindible el ejercicio. Ejercicio de virtudes, digamos "gimnasia espiritual".

Ante una alabanza nos sentimos halagados. La fe me dice que eso no me pone ni me quita nada. No me entretendrá.

Ante un desprecio, quedamos disgustados. Voy de nuevo a la fe y acabaré dándole gracias a Dios por parecerme más a Cristo, que fue despreciado y calumniado. Son ejercicios de contrarreacción cristiana. Acabaré por no hacer caso del elogio ni del desprecio. Con esta "gimnasia" crece la vida nueva del bautismo. Haciendo actos de fe, llegaré a vivir vida de fe.

Sentido y alcance salvífico de la resurrección

- “*Si Cristo no hubiera resucitado, no tendría sentido nuestra predicación, tampoco lo tendría vuestra fe*” (1Co 15,14). **La Resurrección es, sobre todo, la confirmación de todo lo que Cristo hizo y enseñó.** Todas las verdades, incluso las más inaccesibles al espíritu humano, encuentran su justificación, si Cristo, resucitando, ha dado la prueba definitiva, tal como lo había prometido, de su autoridad divina.
- La Resurrección de Cristo es el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento y de Jesús mismo durante su vida terrenal. La expresión “según las Escrituras” indica que la Resurrección de Cristo cumplió estas predicciones.
- **La verdad de la divinidad de Jesús se confirma con su Resurrección.** Él había dicho: “*Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy*» (Jn 8,28). La Resurrección del Crucificado demuestra que él es verdaderamente «Yo soy», el Hijo de Dios y Dios mismo.
- Hay un doble aspecto en el misterio pascual: **por su muerte nos ha liberado del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una vida nueva.** Esta es, de entrada, la justificación, que nos pone en la gracia de Dios, “*para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos, así nosotros vivamos también en una vida nueva*”. Lleva a cabo la adopción filial, porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, «*Id a anunciar a mis hermanos*». Hermanos no por razón de la naturaleza, sino por el don de la gracia, que nos procura una participación real en la vida del Hijo Unigénito, que se ha revelado plenamente en su Resurrección.
- En fin, la Resurrección de Cristo -y el mismo Cristo resucitado- es principio y fuente de nuestra resurrección futura: «*Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primicia de los que murieron (...) porque así como por Adán todos mueren, también todos revivirán en Cristo*». En la espera de que esto se realice, Cristo resucitado vive en el corazón de sus fieles “**para que ya no vivan más para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos**” (2 Co 5,15).
- Cristo, “*el primer engendrado de entre los muertos*” (Col 1,18), **es el principio de nuestra propia resurrección**, desde ahora por la justificación de nuestra alma, más tarde, por la vivificación de nuestro cuerpo.

Jesucristo subió a los cielos

- «*Así pues, el Señor Jesús, después de haberles hablado, subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios*» (Mc 16,19). El cuerpo de Cristo fue glorificado desde el momento de su Resurrección, como lo demuestran las propiedades nuevas y sobrenaturales que tiene desde entonces de una manera permanente. Pero durante los cuarenta días, cuando comía y bebía familiarmente con los discípulos y los instruía sobre el Reino, su gloria aún era velada bajo los rasgos de una humanidad ordinaria. La última aparición de Jesús termina con la entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina simbolizada con la nube y con el cielo, y está sentado desde ahora a la derecha de Dios.
- El carácter velado de la gloria del Resucitado durante este tiempo se insinúa en las palabras que dijo a María Magdalena: **"Todavía no he subido al Padre, pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios"**. Esto indica una diferencia de manifestación entre la gloria de Cristo resucitado y la de Cristo exaltado a la derecha del Padre. El evento a la vez histórico y trascendente de la Ascensión marca el paso de la una a la otra.
- Esta última etapa permanece estrechamente unida a la primera, es decir, a la bajada del cielo realizada con la Encarnación. Sólo aquel que *«ha salido del Padre»* puede *"volver al Padre"*: Cristo. *«Nunca nadie ha subido al cielo, sino sólo el Hijo del hombre que ha bajado del cielo»* (Jn 3,13). Dejada a sus fuerzas naturales, la humanidad no tiene acceso a la *"Casa del Padre"* (Jn 14,2), a la vida y a la felicidad de Dios. Sólo Cristo ha podido abrir este acceso al hombre, *«porque nosotros, sus miembros, tuviéramos confianza de seguir donde nos ha precedido nuestra cabeza y pastor»*.

La fe es para vivirla

Si nuestra existencia está unida a él en una muerte semejante a la suya, lo estará también en una resurrección como la suya. Vida de resucitados: esta es -debe ser- la vida cristiana. Y Cristo ya no muere más. Tampoco, pues, el cristiano. No se explica un cristiano en pecado. Es una contradicción. Pero ... una contradicción posible, y muchas veces real.

He aquí nuestra triste condición: podemos llegar a despreciar lo que constituye nuestra mayor suerte, nuestra dignidad, nuestra gloria: la vida de la Gracia, la vida divina en nosotros. Revestidos de Cristo en lo más profundo de nuestro ser. Así nos dejó el bautismo. Cristo nos mereció esta gracia con su Resurrección.

Está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso

- «Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32). La elevación en la cruz significa y anuncia la subida de la Ascensión al cielo. Es el comienzo. Jesucristo, el único sacerdote de la Alianza nueva y eterna, *"no entró en un santuario hecho por mano de hombre (...), sino en el mismo cielo, a fin de comparecer ahora en la presencia de Dios en favor nuestro"* (Hb 9,24). **En el cielo, Cristo ejerce constantemente su sacerdocio**, *"siempre viviente para interceder a favor de quienes por medio de él se acercan a Dios"*.
- Cristo, desde ahora, está sentado a la derecha del Padre: **"Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, allí donde aquel que existe como Hijo de Dios antes de todos los siglos, Dios y consustancial al Padre, se sienta corporalmente después de haberse encarnado y de haber sido glorificada su carne"**.
- Sentarse a la derecha del Padre significa la **inauguración del Reino del Mesías**, cumplimiento de la visión del profeta Daniel referente al Hijo del hombre: *«A él fue conferido el imperio, la gloria y la realeza, y todos los pueblos, naciones y lenguas le rendían homenaje. Su imperio es un imperio eterno, que no desaparecerá, su realeza, una realeza eterna, que nunca se dañará»* (Dn 7,14). Desde ese momento, los apóstoles son los testigos del *«Reino que no tendrá fin»*.

La fe es para ser vivida

La Ascensión de Cristo señala la entrada definitiva de la humanidad de Jesús en el dominio celestial de Dios, de donde regresará, pero mientras tanto, lo esconde a los ojos de los hombres.

Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, nos precede en el Reino glorioso del Padre, porque nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la esperanza de ser un día eternamente con él.

Jesucristo, después de haber entrado una vez para siempre en el santuario del cielo, intercede sin cesar por nosotros, como el Mediador que nos asegura la efusión permanente del Espíritu Santo.

"No perdáis la calma... Confíad en mí... En la casa de mi Padre hay muchas estancias... Voy a prepararos lugar, porque donde yo estoy quiero que estéis también vosotros" (Jn 14, 1-3).

El reinado de Cristo

- «Cristo murió y volvió a la vida, para ser Señor de los muertos y de los vivos». La Ascensión de Cristo al cielo significa **su participación, en su humanidad, en el poder y autoridad de Dios**. Jesucristo es Señor: tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. Está «*por encima de todo principado y potestad, de todo poder y dominación*», ya que el Padre «*todo lo ha sometido bajo sus pies*». Cristo es el Señor del cosmos y de la historia. En él, la historia del hombre y hasta toda la creación encuentran la «recapitulación» y la terminación trascendente.
- Como Señor, Cristo es también Cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo. Elevado al cielo y glorificado, **Cristo permanece en la tierra en su Iglesia**. La Redención es la fuente de la autoridad que Cristo, por la fuerza del Espíritu Santo, ejerce sobre la Iglesia. «*El Reino de Cristo ya está misteriosamente presente en la Iglesia*», «*semilla y comienzo de este Reino en la tierra*».
- Después de la Ascensión, el designio de Dios ha entrado en su consumación. Ya estamos en «*la hora última*» (1Jn 2,18) «*La renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en realidad comienza a realizarse de alguna manera en este mundo, debido a que la Iglesia, ya en esta tierra, se encuentra revestida de una santidad, imperfecta, sí, pero auténtica*». El reinado de Cristo ya manifiesta su presencia con signos milagrosos que acompañan su anuncio a través de la Iglesia.
- **Esperando que todo le sea sometido**. Ya presente en la Iglesia, el Reino de Cristo, sin embargo, todavía no ha llegado a su culminación «*con gran poder y majestad*» por el advenimiento del Rey sobre la tierra. **Este Reino aún es atacado por los poderes malignos**, aunque, básicamente, ya han sido vencidos por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y «*mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios*» (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús".
- Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel que, según los profetas, debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. **El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio, pero es también un tiempo marcado todavía por la "tristeza" y la prueba del mal** que afecta también a la Iglesia e inaugura los combates de los últimos días. Es un tiempo de espera y de vigilia.

La venida gloriosa de Cristo, esperanza de Israel

- Después de la Ascensión, el advenimiento de Cristo con gloria y majestad es inminente, aunque **«no es cosa vuestra el conocer los tiempos oportunos que el Padre ha fijado con su propia potestad»**.
- La venida del Mesías glorioso en cualquier momento de la historia, **queda vinculada a su reconocimiento por "todo Israel"** (Rm 11,26; Mt 23,39), pero *«una parte se ha endurecido»* en *«la incredulidad»* contra Jesús. San Pablo repetía: *“Si su exclusión ha sido la reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos?”* La entrada de *“la plenitud de los judíos”* (Rm 11,12) en la salvación mesiánica, a continuación de *«la plenitud de los gentiles»* (Rm 12,25) hará que el pueblo de Dios realice *“la plenitud de Cristo”* (Ef 4,13), en la que *“Dios lo será todo en todos”*.
- **La prueba final de la Iglesia.** Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia debe pasar por una prueba final que hará tambalear la fe de muchos creyentes. La persecución que acompaña a su peregrinación por la tierra revelará *“el misterio de iniquidad»* bajo la forma de una impostura religiosa que aportará a los hombres una solución aparente a sus problemas al precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo, en el que el hombre se glorifica sí mismo en lugar de glorificar a Dios y su Mesías venido en la carne.
- Esta **impostura anticristica** ya se dibuja en el mundo cada vez que se quiere realizar en la historia la esperanza mesiánica que sólo se puede cumplir más allá de ella misma a través del juicio escatológico. Hasta cuando presenta formas atenuadas, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo, sobre todo cuando presenta la forma política de un mesianismo secularizado, *“intrínsecamente perverso”*.
- La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua, en la que seguirá a su Señor en la muerte y en la Resurrección. El Reino, pues, no se realizará con un triunfo histórico de la Iglesia, según un progreso ascendente, sino **con una victoria de Dios sobre el desencadenamiento último del mal**, que hará bajar del cielo a su Esposo. El triunfo de Dios sobre la revuelta del mal tomará la forma de juicio final, después del último tambaleo cósmico de este mundo que pasa.

Para juzgar a vivos y muertos

- A continuación de los profetas y de Juan Bautista, Jesús, en su predicación, anunció el Juicio del último día. Entonces se hará luz sobre la conducta de cada uno y se revelarán los secretos de los corazones. Entonces se condenará la incredulidad culpable que ha tenido por nada la gracia que Dios ofrecía. **La actitud hacia el prójimo revelará la acogida o el rechazo de la gracia y del amor divino.** Jesús dirá en el último día: *"En la medida en que lo hicisteis a uno de estos hermanos míos tan pequeños, conmigo lo hicisteis"* (Mt 25,40).
- Cristo es el Señor de la vida eterna. Como Redentor del mundo, le pertenece del todo el derecho de juzgar definitivamente las obras y los corazones de los hombres. Ha «adquirido» este derecho con su cruz. Así el Padre ha reservado *"todo el juicio al Hijo"* (Jn 5,22). **Pero el Hijo no vino para juzgar, sino para salvar y para dar la vida que dimana de él.** Por su rechazo de la gracia durante esta vida cada uno se hace su propio juicio definitivo, recibe según sus obras y hasta se puede condenar eternamente rechazando el Espíritu de amor.

La fe es para vivirla

No importa el momento en que Jesús vendrá a juzgarnos. Lo que importa -i aquello a que continuamente el Evangelio nos exhorta- es que estemos vigilantes.

- Quien está siempre atento a hacer la voluntad del Padre, no teme el juicio.
- Quien en el prójimo ve la imagen de Jesús y le da comida, bebida, ayuda en todo momento, no teme el juicio.
- Quien ama echa fuera el temor. *"Ama y haz lo que quieras"*, dirá san Agustín. Porque quien ama es incapaz de hacer nada que contraríe a su amado.

La espera confiada de la venida definitiva de Jesús debe ser distintivo del cristiano.

Al tiempo que se esfuerza para que llegue, ya aquí en la tierra, el reino de Jesús. *"Venga a nosotros tu reino"*.

Apéndice

Por su interés y la sencillez con que lo desarrolla, transcribimos aquí los párrafos que el Papa Pablo VI dedica al pecado original en su “Credo del Pueblo de Dios”.

Pecado original

16. Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa. Este estado ya no es aquel en el que la naturaleza humana se encontraba al principio en nuestros primeros padres, ya que estaban constituidos en santidad y justicia, y en el que el hombre estaba exento del mal y de la muerte. Así, pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de la gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado. Mantenemos, pues, siguiendo el concilio de Trento, que el pecado original se transmite, juntamente con la naturaleza humana, *por propagación, no por imitación, y que se halla como propio en cada uno.*

17. Creemos que nuestro Señor Jesucristo nos redimió, por el sacrificio de la cruz, del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros, de modo que se mantenga verdadera la afirmación del Apóstol: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (cf. Rom 5,20).

18. Confesamos creyendo un solo bautismo instituido por nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. Que el bautismo hay que conferirlo también *a los niños, que todavía no han podido cometer por sí mismos ningún pecado*, de modo que, privados de la gracia sobrenatural en el nacimiento nazcan de nuevo, *del agua y del Espíritu Santo*, a la vida divina en Cristo Jesús.